CASA PUBLICADORA BRASILEIRA
COMENTARIO DE LA LECCIÓN

I Trimestre de 2008
"El discipulado"

Lección 9
(23 de Febrero al 1º de Marzo de 2008)

Siguiendo al Maestro: El discipulado en acción

Dr. Berndt D. Wolter

El *Versículo para Memorizar* es poderoso y explica exactamente la condición de un discípulo. Quien quisiera esquivar, quien quisiera encontrar algún atajo para pertenecer a Jesús sin pagar el precio de la propia vida, no será discípulo. No pertenecerá al grupo de los fieles seguidores de Jesús. Apenas formará parte de la iglesia como institución como miembro.

Pablo expresó su certeza de una manera incuestionable en Filipenses 1:6: "Estoy seguro de que, el que empezó en vosotros la buena obra, la irá perfeccionando hasta el día de Jesucristo".

Cuando tú fracasas, cuando no tomas la guía de Dios en tu vida… Ella se reinicia a partir del punto en el que tú te has detenido y continúa guiando tu vida. Cuando tienes un momento de resistencia, miedo y confusión y no quieres seguir el camino de Dios, El no te saca del camino, sino insiste hasta que, cuando tú lo quieras. Cuando pides volver, arrepentido, Dios tiene compasión y está listo a restaurar su influencia en tu vida. El apóstol Pablo afirmó su certeza de que la obra comenzada había de ser concluida. En este punto, quiero afirmar categóricamente que, si tú estás leyendo estas líneas es porque Dios ya ha iniciado esta buena obra en tu corazón.

Pablo también afirma, tal como en Filipenses, que "Por eso estoy seguro que ni la muerte, ni la vida, ni ángeles, ni demonios, ni lo presente, ni lo porvenir, ni lo alto ni lo profundo, ni ninguna otra cosa creada, nos podrá separar del amor de Dios, que es en Cristo Jesús, Señor nuestro" (Romanos 8:28, 29). Nada nos puede separar, y nada existe que pueda impedir esta buena obra en nosotros, sino una circunstancia: un persistente rechazo de nuestra parte, querido hermano y hermana.

Si tú puedes impedir esta obra, ni Satanás, ni otras personas, cualesquiera que éstas sean, ni poderes de cualquier naturaleza, podrán impedir esta obra en tu corazón. Sólo tú.

Existe el pensamiento mágico de que algo sobrenatural tiene que suceder para que, finalmente, Dios toque mi vida. Quiero refutar esta manera de pensar supersticiosa que, de algún modo, se infiltró en nuestro medio. Deben ser reminiscencias de influencias paganas…

Imagina conmigo la escena del Milenio (Apocalipsis 20). Jesús volvió en gloria (Mateo 24:30), resucitó a los muertos, trasladó a los vivos (1 Tesalonicenses 4:15, 16), y la tierra toda ruge en un temblor (2 Pedro 3:10). Del otro lado están todos los que hicieron su propia religión, la que era de su gusto personal (aún en nombre de Cristo), juntamente con los incrédulos y opositores directos a Dios. Ellos se disuelven ante la gloria del Señor (Apocalipsis 6:15-17).

Imagínate llegando al cielo y viendo la multitud de los salvados (Apocalipsis 7:9). Imagina las vidas siendo pasadas a revisión, siendo examinadas, para ver si Dios actuó de manera justa y amorosa a favor de ellas (Apocalipsis 20:12).

Imagina tu propia vida siendo analizada. Allí ves las decenas y centenares de veces en que Dios quiso dirigir tu vida, y tú no has querido. Tenías otros planes y otras prioridades. Buscabas honestamente al Señor, pero no querías perder tu vida por causa de Jesús y del Evangelio…

En el vaivén de tu vida espiritual eras participativo y permitías la intervención de Jesús. Cuando Jesús pedía crecimiento vigoroso, compromiso, entrega, respuestas a la disciplina y decisión clara, abandono de pecados que estaban obstaculizando tu peregrinaje, te entregabas a la dudas y vacilabas. Descuidando las claras órdenes de Dios de diversas maneras, no buscaste en su Palabra a quién era Dios, no desarrollaste confianza en su Guía a través de la revelación, ni cultivaste la presencia de Dios en tu corazón, ni procuraste agradarle.

Pues bien, probablemente no estarías formando parte del proceso de revisión que ocurrirá en el Milenio, pero sólo imagínalo…

¿Cómo te sentirías si te dieras cuenta que, en una escala de 1 a 10, no has desarrollado ni el diez por ciento de aquello que podrías haber desarrollado? ¿Qué pensamientos vendrían a tu mente al darte cuenta de que tu vida, por lejos, no ha cumplido con aquello que Dios había planeado para ti cuando te creó? ¿Cómo te sentirías?

¿Has perdido alguna vez el transporte que te llevaría a un lugar del que de ninguna manera podías ausentarte? ¿Te descuidaste alguna vez tomando la iniciativa de algo que después acabó trayéndote un tremendo perjuicio? ¿Aquél sentimiento de no poder hacer nada para recuperar algo?

Hay personas que sólo reaccionan después que el tiempo pasa. Corren atrás y se esfuerzan para recuperar aquello que han perdido. En este caso, el de las oportunidades de Dios, habrá un día en el que ya no habrá más nada qué hacer…

Llegado a este punto, recuerdo a cristianos que viven especulando cuán lejos pueden ir en su descuido, sin perder completamente la salvación. ¡Qué matemática macabra! ¡Qué infeliz negligencia!

Si el seguir la guía de Dios fuera algo que nos perjudicara, sería comprensible. Pero se trata de aquello que cumple una promesa: “Yo he venido para que tengan vida, y para que la tengan en abundancia” (Juan 10:10). ¿Quieres esta vida plena? ¿Quieres experimentar la acción plena de Dios en tu vida? ¿Quieres experimentar esta vida en abundancia, con todos los dolores y las alegrías que ella trae consigo? ¡Lánzate en la aven-

tura de ser un discípulo que quiere agradar el corazón de Dios, con valentía, osadía y obediencia amorosa!

Servicio y discipulado

¿Conoces aquél dicho que reza *“Quien no vive para servir, no sirve para vivir”*? Me parece muy apropiado para el tema que estamos desarrollando. Pero también es verdad que “*No se da aquello que no se tiene*”. Da la nada no sale nada.

La suegra de Pedro estaba en franca recuperación. Con el corazón lleno por el toque de Cristo.

La única persona capaz de darle significado y propósito a la vida es Cristo. Cuando, en la búsqueda de una mayor intimidad con nosotros, Él se revela de manera personal y descubrimos la obra que Él quiere que cumplamos en esta tierra, cuando Él nos muestra nuestra misión, la vida se convierte el algo con doble significado. Las cosas que nos suceden, sobre las cuales no tenemos poder, son soportadas con mucho más sentido y poder. Las cosas que están en nuestro poder el resolverlas, tenemos mucho más coraje y poder para concretarlas.

Trabajar para Cristo, hacer aquello que coopera con el propósito que Él planeó para nuestra vida, nos da poder y fuerzas que antes desconocíamos.

Por ejemplo, si tú trabajas en un empleo o en algo que no es de tu agrado, las ocho horas diarias son un tremendo desafío. Tal como decía un amigo mío: “Cuando termina mi horario de trabajo pareciera que son las 22 y no las 18”. El disgusto de hacer aquello que no nos gusta drena la energía de la vida. Gastamos las energías reclamando y forzándonos a hacer lo que no nos gusta. Así, las ocho horas de trabajo son tremendamente extenuantes y agotadoras.

Por el contrario, cuando hacemos algo que nos gusta, no vemos que las horas pasen. Logramos trabajar doce horas y todavía nos llevamos trabajo a casa. Una satisfacción, unida a una vibrante creatividad toma cuenta de nosotros, y encontramos soluciones para las situaciones más difíciles. Recibimos críticas, nos hieren, pero no nos quitan nuestra convicción.

Cuando Cristo es el centro, y cuando lo servimos porque lo amamos, no hay tareas demasiado pesadas, ni horas demasiado extensas.

Pero consideremos el otro lado de la cuestión como un medio de diagnosticar nuestra relación con Jesús. Si el trabajo para Cristo es una carga, si no me atrae trabajar para Él, si eso no tiene sentido para mí, hay dos cosas que pueden estar sucediendo: 1) Amas a Jesús y quieres servirlo, pero no sabes cómo. Y eso porque a) No has descubierto tus dones espirituales, dados por Dios para tu realización, prolongación de tu felicidad, dones que generan identidad y son una orientación para encontrarle sentido a tu vida. b) Todavía no has descubierto cuál es el plan de Dios para tu vida cuando te creó. 2) Tienes que rever tu relación con Jesús, pues el servirlo ya no tiene sentido para ti tal vez porque Jesús ya no tenga sentido en tu vida. Si esta segunda opción fuera la verdadera, corres el riesgo de perder la vida eterna. Tu salvación está en juego.

Entrégale tu corazón y recomienza urgentemente la búsqueda de Jesús. Pronto el servicio para Él tendrá sentido nuevamente.

Jesús y el paralítico

Los verdaderos discípulos hicieron lo que hicieron no como un fin en sí mismo, ni para exaltación o provecho propio, sino para llevar personas a Cristo.

Notemos esta historia relatada en el libro *Doze Homems, Uma missao* [Doce hombres; Una misión] acerca de la dedicación y la entrega de Juan, el apóstol, en los años de su vejez.

> Después de la muerte del tirano Domiciano, Juan volvió de la isla de Patmos a Efeso, y se dirigía, cada vez que se lo solicitaba, a las regiones cercanas, donde ordenaba obispos, establecía iglesias enteras, o separaba para el ministerio a aquellos que el Espíritu Santo había escogido.
>
> Habiendo llegado a una ciudad no muy distante, cuyo nombre algunos todavía pueden citar. Juan, después de confortar a los hermanos, observó a un joven de buena estatura, de aspecto gentil y de mente ardorosa. El apóstol, entonces, volviéndose hacia el obispo recién ordenado, le dijo: “Le encomiendo este joven, con todo celo, en la presencia de la Iglesia y de Cristo”. Acercándose al joven, le prometió muchas cosas y repitió aquellas palabras, antes de retornar a Efeso.
>
> Así, el anciano, llevando consigo al muchacho que le había sido confiado, lo educó y lo sustentó hasta que, finalmente, fue bautizado. Algún tiempo después, sin embargo, fue relajado en su cuidado y vigilancia, como si el joven, ahora sellado en el Señor, ya estuviera completamente seguro.
>
> Ciertos hombres ociosos y disolutos, familiarizados con toda clase de iniquidad, desafortunadamente se unieron al joven, separándolo prematuramente de su rígida educación. Al principio, lo llevaron a las diversiones más caras. Luego lo llevaron a sus salidas nocturnas, en las cuales se entregaban al desenfreno. Luego fue llevado a desafíos cada vez mayores y aquél joven, en su espíritu audaz, fue pasando gradualmente a acostumbrase a la conducta de sus compañeros tal como un corcel indomable que, mordiendo su cabestro, se desvía del camino y se arroja con impetuosidad al precipicio.
>
> Renunciando a la salvación de Dios, despreció los pequeños delitos y, entregándose a grandes transgresiones, se encontró en la ruina y dispuesto a padecerla hasta el fin junto a aquellos con quien andaba. Tomando sus compañeros, formó una banda, de la cual se convirtió en su líder, puesto que sobrepasaba a todos en crueldad y espíritu sanguinario.

Pasado mucho tiempo. Juan fue nuevamente solicitado a ir hacia aquella región, y habiéndose ocupado de los asuntos por los cuales había sido llamado, le pidió a aquél anciano: “Devuélveme el depósito que te hice en presencia de la iglesia que tú presides”. El ministro, al principio, estaba confundido. Pensó que se trataba de la cobranza de alguna suma de dinero. Sin embargo, cuando Juan claramente le dijo: “Te demando el alma de mi joven hermano”, el anciano, gimiendo y en profundo llanto, respondió: ¡Está muerto! Y Juan preguntó: ¿Cómo muerto? –Muerto para Dios. Se convirtió, al principio, en impío y libertino y, finalmente, en un delincuente. Ahora está en la región montañosa en compañía de una banda de hombres semejantes a él”.

Oyendo estas palabras, el apóstol rasgó sus vestiduras, y golpeándose la cabeza con grandes lamentos, pidió: ¡Prepárenme un caballo y que alguien de ustedes me conduzca en el camino!

Juan, cabalgando mucho se alejó de aquella iglesia y, habiendo llegado al campo, fue hecho prisionero por los centinelas de los bandidos. El apóstol, sin embargo, no llevó a cabo ningún intento de fuga. Tampoco ofreció resistencia a su prisión. Antes, les dijo: Vine aquí por un motivo. Llévenme ante su capitán”.

El joven, armado, permanecía observando todo. Pero, al identificar a aquél que se acercaba, sintió una gran vergüenza e intentó retirarse inmediatamente. El apóstol, sin embargo, procurando persuadirlo con toda la fuerza y compasión de su edad, le rogó: ¿Por qué huyes, hijo mío? ¿Por qué huyes de tu anciano e indefenso padre? Ten piedad de mí, hijo mío, no temas, pues tú todavía tienes esperanza para tu vida. Intercederá por ti, delante de Cristo. Si es necesario, sufriría por ti la muerte, tal como Cristo la sufrió por nosotros. Te entregaría mi propia vida. Tienes que creer que Cristo me ha enviado”.

Al escuchar las palabras de Juan, el joven, interrumpiendo su retirada, permaneció cabizbajo. Entonces, con los brazos abiertos, lentamente se dirigió hasta el anciano, con un lamento desgarrador a través del cual expresaba sus súplicas por el perdón. Volcado en llanto, el joven fue bautizado por segunda vez en sus lágrimas. El anciano apóstol, arrodillándose, empeñó su palabra, asegurándole que verdaderamente había recibido el perdón de sus pecados de manos de Cristo. Tomando su mano derecha, como purificada de toda iniquidad, la besó.

El anciano, llevando al joven consigo, lo condujo de nuevo a la iglesia, sosteniéndolo con muchas oraciones y constantes ayunos y ablandando su alma con frecuente consuelo. Juan, no lo dejó hasta verlo completamente restaurado a la iglesia.

Discurso atribuido a Clemente de Alejandría,
preservado por su contemporáneo Eusebio de Cesarea
[*Historia Eclesiástica*, XXIII, p. 104-107]

En algún momento, tendremos que decidirnos cómo nos ubicaremos, si con los fariseos críticos, o con aquellos que sirven, de las más variadas maneras, para llevar a las personas a Cristo.

"Fuego vine a echar en la tierra"

Tendemos a pensar que aquello que poco nos ha costado, poco vale. Aquellos que, para llegar hasta el trono de la gracia, han tenido que pagar un alto precio, saben el valor de aquella perla preciosa de la cual habló Cristo: "También el reino de los cielos es semejante a l mercader, que busca buenas perlas. Y al encontrar una perla de gran valor, va, vende todo lo que tiene, y la compra" (Mateo 13:45, 46).

¡Cuántas historias conozco de personas que tuvieron que luchar contra muchos obstáculos y remar fuertemente contra la marea de sus propias familias, para entregar su vida a Cristo!

En mi propia experiencia, tuve que enfrentar la oposición de mi padre, de palabras duras y dolorosas como recompensa de mi decisión. Tuve que prescindir de la presencia de mi padre en mi boda, pues él todavía no había logrado aceptar el hecho de mi entrega. Y cuando decidí ser pastor, la casa se vino abajo…

El dolor del rechazo y la incomprensión me atormentó durante mucho tiempo. Pero las lecciones preciosas que extraje de ello me han sostenido cada día de mi experiencia. 1) Descubrí mi individualidad, mi autonomía. Parece gracioso, pero tuve la sensación de que todos necesitarían estar felices y contentos con mi decisión para que yo me arriesgara a tomarla. 2) Mi familia carnal jamás dejará de ser mi familia. Pero hay una familia que puede ser más cercana que la de sangre, pues compartimos las mismas esperanzas. 3) Aprendí que Dios nos sostiene y se revela de manera poderosa en nuestros momentos de mayor dificultad, tal como alguien dijo: "Dios susurra a nuestro oído por nuestros placeres y grita a nuestro oído por nuestro dolor". 4) Descubrí la valentía que surge del hecho de andar por la vida de manera que, aún no conociendo el camino, sé cuál será el final.

Tendría decenas de conclusiones y enseñanzas que he extraído de este y otros altos precios que he tenido que pagar por mi fe y por mi discipulado, pero prefiero que tú descubras el precio y veas el infinito valor que la salvación y el seguir a Cristo tienen para ti.

El valor de nuestras almas

¡Cuánto miedo tenemos de perder la vida! Una joven de nuestra universidad adventista del Brasil (UNASP), me buscó volcada en llanto cuando su novio rompió el noviazgo con ella después de tres años de relación. Irritada y decepcionada, me dijo: "He perdido tres años de mi vida con ese tipo".

En desacuerdo con ella, le dije: "Querida, no los has perdido, ¡los has ganado!"

"¿Y qué gané?", preguntó ella.

“A lo largo de la vida descubrirás las docenas de lecciones que has aprendido y que te serán útiles en tus próximas relaciones”.

“¡No quiero otra relación!”, dijo visiblemente ofuscada por el dolor de la pérdida.

Queridos lectores, repito: ¡“El justo vivirá por la fe” (Habacuc 2:4)! Tan pronto como perdemos la perspectiva de nuestro futuro, vienen sobre nosotros sentimientos y pensamientos relacionados con esa pérdida. Las personas que nunca se entregan son personas que nunca han tenido un vistazo del futuro que nos está reservado. Las personas que tienen una sensación de pérdida cuando le dicen sí a Cristo, necesitan suplicarle la visión del futuro glorioso y buscar entenderlo en la Palabra de Dios.

Vuelo a presentar la pregunta que figura al final de la lección: ¿Qué tendríamos que dejar para seguir a Cristo? Honestamente, ¿mucho?

Un niño travieso se quedó dentro de un supermercado cuando éste cerró y pasó toda la noche cambiando el precio de las mercaderías. A la mañana siguiente, los clientes llegaron y, contentos, pasaron por la caja queriendo comprar una heladera por un precio irrisorio, mientras otros iban irritados a hablar con el gerente porque tendrían que pagar una considerable suma por una barra de chocolate.

Alguien que no es un mero travieso, sino mucho más malvado, ha cambiado los valores de nuestra sociedad y ha impreso nuevos valores en nuestra mente. Aquello que es valioso para la eternidad lo consideramos como una pérdida, mientras que las cosas pasajeras de este mundo las valoramos por encima de todo. ¿Quién sabe? Quizás estemos necesitando reorganizar nuestra escala de valores y aprender a considerar valioso aquello que Cristo ve como valioso y despreciar lo que Cristo desprecia.

“Así, fijamos nuestros ojos, no en lo que se ve, sino en lo que no se ve. Porque lo que se ve es temporal, pero lo que no se ve es eterno” (2 Corintios 4:18).

El apóstol Pablo consideró como estiércol todo lo que lo apartaba de Cristo: “Y aún más, considero todas las cosas como pérdida por el sublime valor de conocer a Cristo Jesús, mi Señor. Por Él lo perdí todo, y lo tengo por basura, para ganar a Cristo” (Filipenses 3:8).

“Por tanto, id, y haced discípulos”

El hacer discípulos… ¡qué obra maravillosa les ha sido confiada a personas tan indignas como nosotros, pecadores! Pero Dios lo escogió así. Pecadores llamando a pecadores para hallar la solución a su problema. Es como un mendigo que llama a otro para buscar el refrigerio que se ofrece en la iglesia.

El griego permitiría una traducción como “yendo… hagan discípulos”, dando la idea que, yendo por el camino, tú puedes ir haciendo discípulos. Compartiendo la vida y el trabajo. Agradando a las personas, en la escuela, el vecindario. Jesús actuaba de esa manera.

“El Salvador se mezclaba con los hombres como alguien que deseaba su bien. Les manifestaba simpatía, atendía a sus necesidades, y ganaba su confianza. Luego los invitaba así: ‘Sígueme’” (El ministerio de curación, p. 133). En este mismo párrafo, Elena de White también afirma: “Sólo el método de Cristo permitirá éxito en alcanzar al pueblo”.

Amigo y amiga, estudia los métodos de Cristo en el libro Servicio cristiano, pp. 142-164. Estamos a las orillas de la tierra prometida y no es hora de que nos aferremos a nuestras propias ideas y voluntades. Esta es la hora de obedecer a nuestro Maestro, en amor y confianza.

Dr. Berndt D. Wolter
Profesor de Misiología
Univ. Adventista de San Pablo – Campus 2
Traducción: *Rolando D. Chuquimia*

RECURSOS ESCUELA SABATICA
Rolando D. Chuquimia – rdchuquimia@ciudad.com.ar
http://ar.groups.yahoo.com/group/Comentarios_EscuelaSabatica
http://groups.google.com.ar/group/escuela-sabatica?hl=es
Inscríbase para recibir recursos gratuitos para la Escuela Sabática